

feta: él les curó con una palabra, con una mirada, ó con una imposición de sus benditas manos. Se le apremiaba: la afluencia era tal que él no tenía tiempo para comer.

Algunas veces él regresaba á orillas del lago, más acá ó más allá de la ciudad, y subía sobre una de las barcas de Pedro. La multitud se sentaba á lo largo de la ribera, silenciosa, y él, desde la barca, un poco retirada, hablaba.

A la puesta del sol entraba á su morada, y hasta en la noche era nuevamente asediado por la multitud. Los ciegos, los estropeados, los sordos y mudos, los enagenados, los epilépticos, los que tenían un espíritu malo, todos los dolores y las enfermedades humanas acudían. Jamás ningún hombre vió reunidas en derredor suyo tantas miserias. Nadie ha curado más, y conocido mejor la alegría del beneficio. Su bondad y su compasión eran inagotables; él decía á menudo: "Hay más felicidad en dar que en recibir." Sus días se doblegaban bajo el peso de las obras santas, como el árbol cargado de frutos maduros. Se le invitaba para honrarle y escucharle más cerca. Su conversación, siempre religiosa, estaba llena de imágenes vivas, de razgos inesperados. Las almas sinceras se sentían transformadas á su voz; los pérfidos eran desenmascarados y confundidos.

En la noche, cuando todos se retiran y duermen, él velaba todavía mucho tiempo, consagrando siempre todas las horas á la oración. Las fatigas de su apostolado le hacían vivir; su cuerpo descansaba como su alma en el seno del Padre celestial.

Tal fué la vida de Jesús, en esos días de Galilea que fueron como la primavera del Reino de Dios.



### CAPITULO III.

#### CURACIÓN DEL LEPROSO.—OPOSICIÓN DE LOS FARISEOS EN GALILEA.

El viaje de Jesús por los alrededores de Capharnaum fué de corta duración. Algunos días después le hallamos en la ciudad. Su actividad es extrema; en siete meses evangeliza toda la Galilea y la Decápolis, irá también hasta los confines del territorio de Tyro y de Sidón, y Cesarea de Filipos le verá entre sus muros. En esta primera excursión, él visitó ciertamente á Korazim y Bethsaida.

La una,—Bethsaida,—sencillo caserío habitado por pescadores, era la patria de Pedro. Situada á orillas del lago, en el extremo noroeste, cerca de una pequeña ensenada, á la entrada del llano de Gennesar, ella tenía al abrigo de los vientos del sur, un anclaje excelente. Un hermoso manantial, el Aintine, brotaba en sus puertas. La ruta del Mediterraneo á Damasco la atravesaba en su longitud y se bifurcaba después de haberla pasado. Uno de los caminos costeaba el lago y

conducía á Capharnaum en tres cuartos de hora de camino; el otro se ajustaba en las gargantas de las montañas de Safed. Una vieja posada subsiste todavía en el punto de bifurcación, levantada allí para proteger las caravanas contra el bandidaje, á la entrada de esos desfiladeros en donde era fácil el ataque. De la antigua Bethsaida, no quedan más que restos informes, algunos palmos de paredes de un cemento indestructible. El arado ha pasado entre esas ruinas, á través de las piedras que el fellah indolente no piensa ni en separar.

Korazím estaba al norte de Capharnaum, á dos millas de distancia de la ciudad y del lago, dominando un ouady en cuyo fondo ruge, en la estación de las lluvias, un torrente impetuoso. Actualmente, todas las colinas están desmontadas. Trozos de basalto aparecen por todas partes y dan á la tierra el aspecto sombrío de un suelo volcanizado. El horizonte está cerrado. Una desmontadura permite ver un pedazo del lago azul: este es un rayo de serenidad en esta naturaleza maldita.

Los restos de la ciudad arruinada hace más de quince ó diez y seis siglos parecen un caos. Korazím debió tener una guarnición militar, á juzgar por los vestigios de una torre que parece haber sido una fortaleza; ella tenía también una sinagoga de la que se pueden admirar las ruinas y medir las hermosas proporciones. Dinteles que yacen en tierra, trozos ahuecados en forma de conchas marinas, pedazos y capiteles de columnas, piés derechos, monolitos, todas esas piedras basálticas forman una confusión espantosa; ahí fué á donde Jesús vino frecuentemente á predicar.

A algunos pasos, un árbol viejo, una palmera de ramas cerradas, pudiendo abrigar bajo su sombra una tribu entera, opone su vitalidad poderosa á la muerte de los alrededores. Las flores crecen entre las ruinas; la yerba, abonada por los ganados, reverdece; algunos Beduinos acampan en la ciudad herida por el anatema de Cristo; ahí se respira la desolación.

De todo ese viaje en las ciudades vecinas de Capharnaum, los documentos no refieren sino un hecho. Ellos le señalan,

sin duda alguna, porque él constituyó á extender lejos la fama de Jesús y debió herir vivamente la imaginación de la multitud: trátase de la curación de un leproso.

La lepra era entre los Judíos una de las enfermedades más temibles; ellos la veían como enviada por Dios,<sup>1</sup> y en sus imprecaciones, ellos no la deseaban sino á un enemigo mortal.<sup>2</sup>

Desde el principio de la enfermedad el sacerdote declara al leproso impuro, le excluye del comercio de los hombres y le relega al campo, en la sociedad de otros leprosos.<sup>3</sup> Se le desgarran los vestidos en señal de duelo. La soledad á la que está condenado no es sin embargo una prisión; en las ciudades no ceñidas de murallas, él puede entrar á la sinagoga.<sup>4</sup> El está encerrado detrás de una balaustrada que le aísla de la asamblea; debe entrar el primero y salir el último.<sup>5</sup>

La lepra pasaba por incurable, aun la lepra blanca, la más común y la menos repelente. Cuando ella había invadido todo el cuerpo y caídas las escamas, la piel se ponía blanca y lustrosa, se la consideraba como habiendo perdido toda potencia de contagio: entonces los sacerdotes podían declarar "puro" al leproso y devolverle la libertad.<sup>6</sup>

El debía ofrecer tres sacrificios: uno de expiación, otro de culpabilidad, el tercero en holocausto. Los pobres ofrecían pájaros; los ricos, corderos. La ceremonia se celebraba en una de las salas del Templo, en el ángulo septentrional del patio de las mujeres. El leproso, conducido delante de la puerta de Nicanor, de la que no podía franquear la entrada, metía primero la cabeza, después la mano, después el pie, en el patio de los hombres; el sacrificador le tocaba con sangre el lóbulo

1 Núms. XII, 10; II Crónic. XXVI, 19.

2 II Reyes, III, 29; IV Reyes, V, 27.

3 IV Reyes, VII, 3; Luc., XVII, 12.

4 Kelim, cap. I; ibid., 7.

5 Negaim, XIII; Hal., 12.

6 Levit., XIII, XIV.

de la oreja, el pulgar y el pulgar del pie, mientras que otro sacerdote le unguía con aceite: él salía purificado.

Ese azote, endémico en Egipto y en la parte meridional del Asia Menor, no ha desaparecido totalmente de la Palestina. Jerusalem, Naplouse, Ramleh, todavía tienen leprosos. Se les ve como en tiempo de Jesús, en los alrededores de esas ciudades,—con la piel de un blanco brillante, cubierta de escamas, las orejas y la nariz carcomidas por las úlceras, los ojos fijos, vidriosos, inflamados, las falanges de los dedos medio desprendidas,—tendiendo sus manos cubiertas de vendas, hacia los transeuntes y pidiendo limosna, ostentando su miseria con gritos desgarradores.

A uno de esos enfermos repelentes fué al que Jesús tocó y sanó.

El Maestro, volviendo otra vez á Capharnaum, bajó de la montaña,<sup>1</sup> seguido de una multitud; él se detuvo en el camino, en una ciudad, y llegada la noche, habiéndose retirado la multitud, un leproso se le acercó, se puso de rodillas, con la cara en la tierra, suplicándole:—Señor, le dijo, si quereis, podéis sanarme.

El tuvo compasión: la fe y la desgracia reunidas le enternecan; él extendió la mano, tocó al leproso:

—“Yo lo quiero,” le dijo, “estás curado.”

Apenas hubo hablado, y en el mismo instante abandonó á ese hombre.

Jesús le despidió inmediatamente, y le dijo con un tono de autoridad:—“Guárdate (de decir nada á nadie; pero ve, preséntate al príncipe de los sacerdotes, y ofrece por tu curación lo que Moisés ha ordenado, á fin de que tú seas para ellos un testimonio.”

La evidencia del mal, la instantaneidad de la curación, con el solo contacto y la sola voluntad de Jesús, dan á este hecho

<sup>1</sup> Mat., VIII, 1-4; Marc., I, 40-45; Luc., V, 12-16.

un carácter sobrenatural y milagroso. Semejantes actos son frecuentes, habituales, en la vida pública del Maestro.

El mal era considerado como incurable; y, aun cuando no lo fuera, su desaparición instantánea revelaba en Jesús una potestad divina igual á su bondad. Señor de la ley, él quizo, á pesar de la prohibición del Levítico,<sup>1</sup> tocar al leproso; semejante contacto no podía manchar á aquel que, con una palabra borraba toda impureza. El no se contentó con curar al desdichado que le imploraba, él le convirtió en testigo, en su testigo. Recomendándole mucho de no decirlo á la multitud, de quien siempre temió la efervescencia y que se esforzaba en moderar, Jesús le envió á los sacerdotes, á Jerusalem, tratando todavía de alumbrar de lejos á esos ciegos y advirtiéndolo á los Sanhedritas que aquel á quienes ellos habían amenazado de muerte como blasfemador, continuaba su obra, y que el Espíritu de Dios estaba con él. Un hombre sanado de la lepra era una de las mayores señales que podía presentar un profeta; él recordaba á Moisés y á Eliseo,<sup>2</sup> el uno que había curado á su hermana Miriam y el otro al Syrio Naamán.

Nada pudo contener el entusiasmo y la alegría del leproso; él se fué publicando por todas partes lo que había pasado. Jesús no pudo ya aparecer en la ciudad; él se vió obligado á ocultarse en la campaña desierta, lejos de las habitaciones. La soledad le daba la calma y ahí oraba.

La acción mesiánica se extiende en Galilea y en la Palestina entera con rapidez. Todo contribuye á su difusión: la superioridad misma de Jesús, la novedad de su enseñanza, su potestad taumátúrgica, la elocuencia de su palabra, el brillo de sus obras, la naturaleza expansiva, el estado de excitación política y religiosa de los Galileos. A todas esas causas, es necesario agregar las relaciones frecuentes, íntimas, de todas las ciudades, de todas las aldeas, de las diversas tetrarquías y de

<sup>1</sup> Levit. cap. XIII.

<sup>2</sup> Núm., XI; Cf. Deut., XXIV, 9.

la Judea con la metrópoli. La centralización al rededor de Jerusalem, del Templo y del Sanhedrín, era exclusiva. Los deberes del culto, peregrinaciones y sacrificios, llevaban á Judea y á Jerusalem, varias veces al año, casi á todas las familias judías; el impuesto del Templo ponía en movimiento á toda una clase de colectores que recorría el país; la autoridad doctrinal del Sanhedrín reinaba en todas las sinagogas, y los miembros de la gran asamblea ejercían por todas partes una verdadera inquisición.

Tres categorías se forman al rededor de Jesús: los discípulos, la multitud y la alta clase directora, ancianos y doctores.

Los discípulos siguiendo al maestro, viviendo de su vida, se impregnan de su doctrina y de su virtud. Ellos son la tierra elegida que él trabaja y fecunda; él les ama con predilección, les habla sin figuras, les inicia poco á poco en sus designios, les penetra de su Espiritu y se les incorpora.

La multitud, en Oriente como en Occidente, es siempre la misma: espontánea, pasiva, no resistiendo el atractivo de la novedad, de la potestad y sobre todo de los beneficios palpables, materiales; ahí es en donde Jesús busca y recluta á sus discípulos, porque ahí se hallan los corazones sencillos, las almas rectas. El pueblo Galileo, más independiente de los poderes establecidos, y más accesible á una acción que esos poderes sospechaban, le inspiró más confianza que el de Jerusalem. Jesús, desde el primer instante, provocó su entusiasmo; él le dejaba venir á él, tenía piedad de sus miserias y le colmaba de sus beneficios; él le hablaba en parábolas para conducir su debilidad á comprender la verdad divina, y para no exponer á la injuria de la ignorancia popular la santidad de su enseñanza; él la llevaba en pos de sí, en las sinagogas, en las aldeas, á través de los campos, á las orillas del lago y sobre las colinas retiradas. Rara vez se vió semejante efervescencia al rededor de un profeta; éste fué una especie de magnetismo divino.

Cuando un hombre conmueve tan poderosamente á todo un país y hiere al corazón mismo del pueblo, la oposición no tarda en producirse. La vemos nacer en derredor de Jesús, en Galilea como en Jerusalem; y naturalmente, en la clase elevada, guardiana de las tradiciones es en donde ella tiene el poder y que representa las doctrinas en voga, es en donde ella estalla. Ella reviste todas las formas: provocante é insidiosa, ella lisongea é intimida; ella está al acecho para espiar y sorprender, ella se une á aquel que quiere perder y crece con él, ella sabe desencadenar las pasiones, ella conoce el arte de todas las hipocresías y del odio; ella no retrocede ante nada para dañar, y ella perseguirá á Jesús hasta la muerte.

Cualesquiera que traiga una idea, una forma, una fuerza nuevas, tiene en su contra las ideas, las formas, las fuerzas antiguas. Aun cuando haya nacido para el progreso el hombre se rehusa al progreso. Toda innovación es un alumbramiento peligroso. Jesús, el único novador divino, ha sido la más santa de las víctimas. Querer perfeccionar á la humanidad, es ir al suplicio. Antes de renunciar á un estado, aun inferior, y á todos los intereses que ese estado engendra, el hombre resistirá á menudo hasta la sangre; y él tratará de anonadar á aquel que quiera despertarle de su inercia.

Prudente y reservado, lleno de firmeza y de fuerza, algunas veces triste é indignado, Jesús luchará sin tregua contra los Fariseos, él les refutará, les confundirá, les amenazará, les rechazará, les abrumará con anatemas.

La narración evangélica pone en viva luz á este antagonismo y las circunstancias diversas, que sin cálculo ni plan fijo, le envenenan y le exasperan.

Apenas entró Jesús á Capharnaum,<sup>1</sup> cuando se vió nuevamente asaltado por el pueblo. Su ausencia más bien había

<sup>1</sup> Marc. II.

acrecentado que calmado la atracción general. El ruido de su regreso no tardó en expandirse, y desde que se supo en la casa, la multitud acudió tan apiñada, que ni la casa ni el patio anterior podían contenerla.<sup>1</sup>

El estaba sentado en la cámara alta<sup>2</sup> y predicaba la palabra. Cerca de él se veían á los Fariseos y á los doctores de la Ley, atraídos por su fama creciente. No eran todos de Galilea, muchos venían de Judea y aun de Jerusalem; ellos escuchaban, menos para instruirse que para juzgar.

Un incidente imprevisto hizo brillar derepente la virtud de Dios.<sup>3</sup>

Mientras que Jesús hablaba, unos hombres llevaron de fuera á un paralítico, para presentársele. Viendo á la multitud tan compacta y no sabiendo por dónde hacerle entrar, ellos treparon por la escalera exterior, subieron sobre la terraza, ahí descubrieron sobre el mismo lugar en donde estaba Jesús, y por la abertura aumentada, ellos hicieron descender el lecho sobre el que yacía el paralítico. El ardor de esta fe intrépida le conmovió:

—“Hijo mío,” dijo al paralítico, “tus pecados te son perdonados.”

Esta palabra inaudita causó, entre los Escribas y Fariseos un verdadero estupor. Esto no fué admiración, fué escándalo. Ellos callaban, pero su silencio ocultaba mal la cólera de su conciencia.—¡Qué blasfemia! se decían entre sí. ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?

Jesús que leía en las almas como en un libro abierto, vió la turbación de sus pensamientos. Para justificar á sus ojos esta palabra, la más extraordinaria, en efecto, que jamás haya salido de los labios humanos, y que suponía en quien osaba pro-

<sup>1</sup> La casa judía comprendía ordinariamente un piso bajo y un piso superior. En este es en donde se hallaba la cámara alta, el *comaculum*. Ahí se retiraban para orar y tratar de las cosas santas, de la religión y de la fe.

Cf. Lightfoot, *Horre hebraice et talmudice*, ad. h. l.

<sup>2</sup> Mat., IX, 2-3; Marc., II, 2-12; Luc., V, 17-26.

nunciarla la personalidad misma de Dios, él apeló á su vocación, á su dignidad mesiánica que le placía frecuentemente designar con la expresión discreta de “Hijo del hombre.”

Remitir el pecado es un acto de jurisdicción divina. Si Jesús se arroga semejante derecho, es que Dios está en él, es que él es igual á Dios. Lejos de rechazar esta conclusión como una blasfemia, él la prueba por un milagro.

—“¿Por qué pensáis estas cosas?” dijo él mirando á los Escribas y Fariseos. ¿Qué es más fácil decir á este paralítico: “tus pecados te son perdonados,” ó decirle: “Levántate, toma tu lecho y vete?”

Sus interlocutores, cortados, callaban.

—Es preciso que sepáis, agregó él, que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para remitir los pecados. “Y volviéndose al paralítico, le dijo: “Yo te lo mando, levántate, toma tu lecho y vuelve á tu casa.”

A estas palabras, delante de ellos, el paralítico se levantó, tomó el lecho en donde estaba acostado y se fué, glorificando á Dios.

Hubo en la multitud un estremecimiento de temor, como acontece ante el espectáculo de las cosas poderosas. Esto no fué sino un gran clamor de alabanza á Dios.

Jamás, se decía, hemos visto nada semejante.

La curación del paralítico asombró más á los espíritus que la divinidad de Jesús, de la que era ella la manifestación más brillante. Jesús, para la masa y probablemente para los letrados que habían sido admitidos á ver su potestad, no era sino un taumaturgo, un profeta; y todavía los Fariseos permanecían desconfiados.

El salió,<sup>4</sup> y se fué á lo largo del lago, seguido de la multi-

<sup>1</sup> Esta palabra que Jesús se apropia, no tiene nada que despierte en el pensamiento de sus oyentes los errores, que la de Mesías excitaba siempre. El implica solamente su origen atlántico; ella recuerda que, en esta descendencia, él es el renuevo prometido al primer hombre y que su función suprema, del todo espiritual, se limita á aplastar la cabeza del seductor y á librar así á la humanidad de la tiranía del mal. Gen. III, 15.

<sup>2</sup> Mat., IX, 9; Marc., II, 13; Luc., V, 27.

tud á quien enseñaba, andando el camino. Ahora como él pasase delante de una oficina de peaje, vió sentado á uno de los receptores del impuesto, un publicano, llamado Leví, hijo de Alpheo.

—“Yo soy,” le dijo.

Esta sola palabra bastó. La palabra que acaba de curar al leproso, de dar al parálítico el movimiento y de remitir los pecados, transformó repentinamente al publicano en discípulo.

El peajero se levantó, y dejando todo, siguió á Jesús.

Al lado de los cuatro pescadores, ved ahora cerca de él á uno de esos hombres más despreciados de los Judíos, á un peajero.

El nuevo discípulo, poco después, dió en su casa á su maestro un gran banquete al que invitó á sus colegas y á sus amigos, de manera que Jesús se halló entre los publicanos y todos aquellos que los Fariseos llamaban pecadores. Cierta número de esas gentes, por lo demás, marchaba ya en su seguimiento.<sup>1</sup> En esta clase, tratada de pecadora y de impura, fué en donde la buena nueva del Reino de Dios halló más adictos: Jesús la amaba.

No hay para él, en la humanidad, ni rico, ni pobre; ni letrado ni ignorante; ni puro, ni impuro; ni escuela, ni partido. A sus ojos toda diferencia se borra en la uniformidad de una misma miseria, en la austeridad de los mismos deberes y la grandeza de una misma vocación. El no vé mas que dos clases de hombres: los que se abren al llamamiento de Dios y los que á él se cierran, los que cren en su palabra y los que la rechazan, los que entran en la vía estrecha y los que se separan en el camino ancho de la perdición.

Lo que pasó en esos tiempos remotos, en el pequeño país de Galilea, pasa actualmente y pasará siempre en la tierra entera que él evangeliza por su palabra y que él remueve por

<sup>1</sup> Mat., IX, 10 y sig.; Marc. 14 y sig.; Luc., V, 28.

<sup>2</sup> Marc. II, 15.

su Espíritu. Ahí está el secreto de esta igualdad verdadera que domina las desigualdades necesarias, inevitables de este mundo. En ese reinado accesible á todos, si un privilegio subsiste todavía, está en favor de los pobres, de los débiles de los pecadores, de los humildes, de los pequeños, porque ellos tienen sobre los demás una ventaja: su miseria. Ella les dispone á mejor escuchar á Cristo. El es mas fácil para seguirle, para abandonar una oficina de peajes ó de redes, que renunciar á un reinado. El Espíritu sencillo que conoce su ignorancia es cuchará mejor la palabra del Maestro que el doctor hinchado que se cree infalible; el pecador que se da golpes de pecho no vacila en confesar su indignidad, mientras que el falso devoto se irrita contra aquel que le reprocha la vanidad de sus pequeñas prácticas.

Las relaciones de Jesús escandalizaban en Galilea á los Escribas y á los Fariseos. Rígidos é inexorables, ellos no se rozaban con las gentes sin piedad cuyo trato les hubiera manchado; ellos se miraban como los puros, y ellos evitaban á los demás religiosamente.

Por lo tanto, viendo á Jesús comer con los publicanos y pecadores, algunos de entre ellos no pudieron contener su celo indignado y sus murmuraciones. Tal vez ellos no eran los más hostiles á Jesús, y hasta le consideraban como á un profeta que les inspiraba alguna admiración y cierto temor. En efecto, les vemos mezclados con los discípulos de Juan y dirigirse con timidez no á Jesús, sino á sus propios discípulos.

—¿Por qué, les dijeron ellos, vuestro Maestro come con los publicanos y los pecadores?

Esta pregunta descubrió su celo y su despecho al ver al Profeta manifestar su preferencia por los pobres sin devoción.

El Maestro, siempre alerta, él mismo respondió á la pregunta hecha á sus discípulos.

—“No son los sanos quienes tienen necesidad de médico, sino los enfermos.” Id, medita estas palabras del profeta: “Yo

quiero la misericordia y no el sacrificio.”<sup>1</sup> La virtud me place más que el rito, y la bondad es superior al holocausto.

Además, él agregó, para explicar su simpatía hacia los pecadores, y para abatir á esos falsos justos cuyo orgullo le irritaba, “yo no he venido á llamar á los justos, sino al contrario; á los pecadores.”

Todo el genio del Evangelio está en estas palabras en donde se revela á “aquel que ha germinado de lo alto y que ha salido de las entrañas de la misericordia de Dios.”

Los Fariseos y los discípulos de Juan se aprovecharon del festín de Leví para atacar á Jesús y despreciar á los que le seguían—Nosotros ayunamos, dijeron ellos con un aire satisfecho, y multiplicamos las oraciones, mientras que los vuestros comen y beben.

El espíritu de esta religión mal entendida que dividía, hacía largo tiempo, á la piedad judía, se da á conocer en este reproche farisaico. El ayuno era frecuente entre los Fariseos; el menos celoso le practicaba dos veces por semana; otros le exageraban todavía, y por los motivos mas fútiles. La penitencia verdadera era algunas veces extraña á esos ayunadores que, á fuerza de abstinencias, no tenían frecuentemente otro objeto que obtener hermosos sueños, conjurar las suertes y alcanzar el éxito de sus negocios.<sup>2</sup>

—“Dejadles,” respondió Jesús á los Fariseos, “estos son los hijos del esposo.” La expresión era del mismo Juan, y ella debió impresionar á todos los discípulos del Bautista. “Mientras que el esposo está con ellos, ¿cómo pueden estar en la tristeza y en el ayuno?” Este es el festín nupcial; mas esperad, “vendrá un día en el que el esposo les será llevado; entonces ellos ayunarán.”

“No se cose una pieza de paño nuevo á un vestido viejo, si no, el vestido viejo se desgarrará y la rotura es más grande. No se pone el vino nuevo en pellejos viejos, porque el vino

<sup>1</sup> Os., VI, 6.

<sup>2</sup> Talmud, Hierosol., in Megillah, fol. 75, r; Kilaim, tol. 32-2.

nuevo los romperá, y él se derramará, y los pellejos quedarán perdidos; se pone el vino nuevo en pellejos nuevos, y ambos se conservan.”

Las observaciones legales, todo el ritual del mosaísmo, he aquí para Jesús el vestido usado y los pellejos viejos; el Espíritu que él derrama, la doctrina que él enseña, he aquí el paño nuevo y el vino nuevo. La antigua Ley ha terminado, ella será transformada; ella no puede contener la Ley del Evangelio; es preciso al hombre engrandecido por el Espíritu un vestido más amplio. Se siente despuntar la doctrina de la libertad de los hijos de Dios de quien San Pablo será el apóstol.

Los Fariseos no alcanzaron toda la extensión de la respuesta del Maestro, porque su palabra tenía profundidades que escapaban siempre á sus oyentes inmediatos; pero ellos debieron comprender que Jesús se ponía sobre lo que ellos miraban como la última palabra de la religión. Esas inteligencias limitadas y cerradas se apartaban de la luz, sus corazones endurecidos y petrificados se resistían.

El antagonismo está sin reposo; él no hace más que crecer á medida que nuevos incidentes se presentan.

A pesar de su preferencia por el pueblo, Jesús se daba á todos, á los grandes como á los pequeños y hasta á los mismos Fariseos, desde que ellos le llamaban.

Apenas él hubo acabado de hablar, cuando uno llamado Jairo vino hacia él. Este debía ser un Fariseo considerado en Capharnaum, puesto que él era uno de los jefes de la sinagoga. Una gran desgracia le había afligido; su hija, de doce años de edad, se moría. La prueba fué más fuerte que sus preocupaciones; él vino á los pies de Jesús, suplicándole con instancia:—Señor, le dijo, mi hija se muere, venid á mi casa, imponedle las manos, á fin de que ella sane y viva.

Jesús se levantó y le siguió acompañado de sus discípulos.

La multitud se estrechaba sobre sus pasos. Una mujer que

<sup>1</sup> Mat., IX, 18-34; Marc., V, 21-43; Luc., VIII, 40-56.

sufría un flujo de sangre hacía doce años y que había gastado toda su fortuna en médicos, sin que ninguno la hubiera podido curar, habiendo oído hablar del Profeta, se mezcló entre la multitud, detrás de él. Ella estaba convencida que si podía tocar la orla de su vestido, sería curada. Ella la tocó y se sintió curada en el mismo instante.

Jesús, conociendo que una virtud había salido de él, se volvió hacía la multitud y preguntó quién había tocado sus vestidos.—La multitud os estrecha, le dijeron sus discípulos, y preguntais ¿quién os ha tocado?

El miraba en su derredor. La pobre mujer, temblando, sabiendo lo que había pasado con ella, se prosternó ante él y le confesó todo.—“Hija mía,” le dijo Jesús, “tu fe es la que te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad.”

En este mismo momento se vino á decir al jefe de la sinagoga que su hija había muerto, y que era inútil fatigar al Maestro. Jesús dijo á Jairo: “Nada temas, ten fe solamente.” Después él se separó de la multitud y de sus propios discípulos, no permitiendo á ninguno seguirle más lejos, con excepción de Pedro, Santiago y Juan.

Llegado delante de la casa, él vió un gran tumulto. Las lloronas se agitaban, levantando los brazos, lamentándose, con los cabellos en desorden, batiendo las manos, dando gritos que se mezclaban con las notas agudas de los tocadores de flauta.

Jesús entró y dijo á las gentes: ¿Por qué ese desconcierto y esos llantos? “La joven no está muerta, ella duerme.”

Se rieron de él, sabiendo que ella estaba muerta.

El se despidió á toda esa gente, y acompañado del padre y de la madre de la joven y de sus tres discípulos entró en la recámara en donde ella estaba acostada. El tomó la mano de la muerta, diciéndola:—“Joven, levántate.”

La joven se levantó y anduvo. Jesús ordenó que se la diera de comer. Los padres estaban fuera de sí mismos. El les ordenó no decir nada de lo que había pasado.

Al irse, él todavía curó á dos ciegos que se habían acercado.—“¿Creeis,” les dijo, “que yo pueda hacer lo que me pedís?”—Sí, Maestro.

La desgracia hace fácil la fe. Jesús tocó sus ojos, y agregó: “Que se haga según vuestra fe.” Sus ojos se abrieron.—“Tened cuidado,” les dijo al despedirles, “que nadie lo sepa.”

Como ellos acababan de partir, un mudo y un endemoniado le fué presentado; él arrojó al demonio y devolvió la palabra al mudo.

Todos estos milagros producían sobre la multitud una acción irresistible. El pueblo, en su admiración creciente y en la sinceridad de su entusiasmo, exclamó: “Jamás se ha visto nada semejante.” Mas los Fariseos, testigos también ellos de tantas maravillas, no pudiendo negarlas, las desnaturalizaban, tratando á Jesús de mágico, y diciendo por todas partes: “En nombre del mismo demonio es como él arroja á los demonios.” Esta blasfemia, que ellos profieren aun con timidez, será lanzada á la cara de Jesús. Ninguno le será más sensible; él arrancará á su alma los más terribles anatemas que el amor ultrajado jamás haya fulminado.

Uno ó dos días después, era el sábado,<sup>1</sup>—aquel que se llamaba segundo—primero, es decir, el primero del segundo año que seguía al año sabático.<sup>2</sup> Jesús caminaba por la orilla de los sembrados de trigo; sus discípulos le acompañaban, y al pasar, ellos arrancaban las espigas, las restregaban en sus manos y las comían. Los Fariseos que pasaban fueron escandalizados. Ya se conoce su rigidez respecto al descanso sabático.

¿Por qué, les dijeron ellos, haceis lo que está prohibido hacer en el sábado?

Jesús les respondió:—“¿Nunca habeis leído lo que hizo

1 Mat., IX, 27-34.

2 Mat., XII, 1-8; Marc., II, 23-28; Luc., VI, 1-5.

3 Cf. Wieseler Chronologische Synopse, p. 225, 353. Hambourg. 1843.



David cuando tuvo hambre, él y sus compañeros?<sup>1</sup> El entró á la casa de Dios, tomó los panes de proposición que sólo los sacerdotes tienen derecho de comer, comió y dió á los que estaban con él. ¿Blasfemais de David y de los suyos? ¿Blasfemais del gran sacerdote Abimelech que dió los panes sagrados? ¿Por qué, entónces, condenais á los inocentes?"

La necesidad y la indigencia están sobre la ley ritual, si ellas excusan á unos, ellas excusan también á los otros.

Vosotros invocais vuestra ley que prohíbe todo trabajo; pero "¿los sacerdotes en el Templo no inmolan las víctimas el día de sábado? y sin embargo, ellos están sin crimen." Sabed que "el hombre no está hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre." Por lo demás "el Hijo del Hombre es el señor del sábado."

Jesús se sirve de los menores incidentes para esclarecer á sus adversarios y elevar sus pensamientos; él apela de la letra al espíritu, de las observancias exteriores á la virtud, y él parece tanto más grande, tanto más verdadero, cuanto que los hombres que le combaten son más estrechos, más mezquinos y de una ciencia más vana.

Delante de sus adversarios confundidos, él se afirma en su dignidad soberana y en su pretensión mesiánica la más firme. "Por santo que sea el sábado," agregó él, dejándoles en sus tinieblas, "el Hijo del hombre es el señor."

Colocarse sobre el sábado, y por lo mismo sobre la Ley y sobre Moisés: nada puede inventarse más ofensivo para los Fariseos. Esta pretensión, sacrilega á sus ojos, hacía fermentar su odio; ellos están condenados á odiar á aquel á quien no quieren reconocer y cuyas señales se obstinan en recusar.

Todos los hechos repetidos de quienes los documentos evangélicos nos dan la narración, explican solos las causas verdaderas del antagonismo que se forma y crece día por día en el partido farisaico contra el nuevo profeta. Se le siguen sus pasos; se le vigila; á toda costa se quiere comprometerle.

1 I Reyes, XXI.

El sábado siguiente, él entró en la sinagoga para enseñar. Ahora bien, allí se hallaba un hombre cuya mano derecha estaba seca. Los Fariseos y los Escribas, viendo á este enfermo, suscitaron ante Jesús la cuestión del reposo sabático. Esta fué una manera insidiosa de provocarle y de hallar el pretexto de una acusación.

En su casuística miserable, esos doctores sin entrañas enseñaban que no era permitido curar el día de sábado: ellos prohibían toda aplicación de remedios, las fricciones y las uncciones.<sup>2</sup> Un axioma favorito en esta raza que no olvida jamás sus intereses, había sin embargo dulcificado la rigidez exagerada de su fórmula.—"Obrad," dicen los sabios, "con misericordia hacia los bienes del Israelita."<sup>3</sup> Los maestros, apoyándose sobre este principio, autorizaban ciertos actos el día del sábado, para conservar un animal en peligro.

Esos legistas interrogaron á Jesús:—¿Es permitido curar el día del sábado? Ellos sabían de antemano su respuesta; pero ellos querían considerarla ante la asamblea, ante quien su doctrina pasaba por inviolable.

Jesús les confundió por sus propios principios.

—"¿Quién de entre vosotros, les respondió, "quién teniendo una oveja,—si esta oveja acaba de caer, en día de sábado, en una fosa,—no la coge para sacarla? ¿Por ventura el hombre no está por encima de una oveja?"

En seguida, él dijo al hombre que tenía una mano seca: "Levántate, párate en medio." El se levantó y se puso en pie.

Jesús, entonces, dijo á los Fariseos: "¿Es permitido hacer el bien ó el mal, el día de sábado? ¿salvar la vida ó quitarla? Respondedme."

Ellos callaron.

Jesús, contristado por esa ceguedad, les miró con cólera.

1 Mat., XII, 9 y sig.; Marcos, III, 1, 6; Luc., VI, 6-11.

2 Maimon., in Sabbath, 6, 21.

3 Talmud Hierosol., Ioma, fol, 62, 11.

—“Extiende tu mano,” dijo al enfermo. El la extendió, é incontinentemente su mano seca quedó sana.

El milagro no iluminó á esos obstinados, él no hizo más que confundirles, y su confusión se trocó en despecho, nada puede dominar la voluntad que se aparta de la luz. El fanatismo es ciego. Esas aberraciones religiosas de los Judíos del tiempo de Jesús nos hacen reír, y sin embargo ellas fueron para ellos el código de la mas perfecta piedad; tocarlas, era un sacrilegio. La sabiduría tan humana de Jesús, sus milagros prodigiosos, lejos de disipar esas preocupaciones las exasperaban.

A consecuencia de esta escena que les llegó á lo vivo, los Fariseos más irritados que nunca, se asociaron en consejo é idearon un medio de perder á Jesús.



#### CAPITULO IV.

##### EL SERMON DE LA MONTAÑA.

Al mismo tiempo que la oposición se dibuja y se levanta en derredor de Jesús, en la clase de los letrados y de los maestros, los discípulos aumentan, la multitud engruesa, llega á Capharnaum, de la Galilea y de la Perea, de las ciudades de la Decápolis y de Jerusalem, de la Judea y de la Idumea, de Tyro y de Sidón, de la Fenicia y de la Syria. Esta es una conmoción general. No solamente se quiere verle y escucharle, los enfermos se precipitan sobre él para tocarle. El los curaba por el solo contacto, su potestad radiaba en bondad. El estaba obligado á libertarse, tanto le oprimía la multitud. A fin de escapársele, dijo á sus discípulos tuviesen siempre dispuesta una barca, cuando él caminaba á lo largo del lago.<sup>1</sup>

A la vista de ese pueblo, cansado, errante, abandonado como un rebaño sin pastor, su alma estuvo emocionada de piedad. El le comparaba á un campo lleno de espigas.

—“La cosecha es grande,” dijo á sus discípulos, “pero pocos

<sup>1</sup> Marc. III, 9.